

# REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA



ZOOLOGIA. — ZOOTECNIA. — AGRICULTURA. — CAZA. — PESCA. — EQUITACION. — VARIEDADES.

DIRECTOR-PROPIETARIO, FRANCISCO DE A. DARDER Y LLIMONA.

**PRECIOS DE SUSCRIPCION:** — En Barcelona, 2 pesetas trimestre. — Madrid y provincias, 3 pesetas trimestre, año 10 pesetas. — Extranjero, 8 pesetas semestre. — Ultramar, el precio que fijen nuestros correspondentes. A los suscriptores de fuera de Barcelona se les admitirá en pago sellos de correo ó libranza del giro mútuo. *Dejarán de servirse las suscripciones, cuyo importe no se satisfaga por adelantado.* — Para las suscripciones, anuncios y reclamaciones, dirigirse á la Redacción y Administración de este periódico, calle de San Pablo, núm. 75, 3.<sup>o</sup>, Barcelona. — Horas de oficina, todos los días laborables de 1 a 3. Se publica, cuando menos, tres veces al mes y se regala á los suscriptores una entrega mensual de escogidas obras relacionadas con la índole de esta Revista. (Actualmente está publicándose el Tratado de Equitación por F. Baucher).

## EL CAPITAN REDWOOD

6

LOS NÁUFRAGOS DE BORNEO.

Estracto de la obra de Mayne-Reid.

(Conclusion.)

El gorila, después de recrearse largo tiempo en las contorsiones de su agonizante enemigo, pareció al fin satisfecho y se dispuso á marcharse de allí.

Acercábase el momento de la crisis para Enrique y Elena; qué camino iba á tomar aquel animal?

Los niños no habían tenido tiempo de dirigirse mentalmente esta pregunta, cuando vieron que el gorila se volvía hacia el árbol donde se mantenían ocultos, al parecer con la intención de subir á él.

En tan crítico momento, Enrique pensó en huir con Elena, pareciéndole mucho menor el peligro de extraviarse en el bosque, que el mas inminente que á la sazón corrian; pero echando una rápida mirada en torno suyo, se convenció de que era demasiado tarde para huir, pues el árbol tras el cual se guarecía con su hermana estaba en medio de un espacio despejado que no podían atravesar sin exponerse á que los viese el mono, el cual los habría atrapado fácilmente á su paso. No les quedaba, pues, otra alternativa que huir, con riesgo de que el cuadrúmano los persiguiera, ó permanecer quietos para ver si tenían la suerte de pasarse desapercibidos. Optaron por esto último.

Se mantuvieron silenciosos, sin atreverse á respirar siquiera, cogidos de las manos y casi pegados al

tronco del árbol, del lado opuesto á aquel por donde se acercaba el mono. El animal, como si se propusiera prolongar la ansiedad y cruel incertidumbre de los dos hermanos, no se dirigió inmediatamente al árbol. ¿Se había detenido en su camino, ó se propone seguir otro?

Ya iba Enrique á hacer lo posible para averiguarlo, cuando le pareció que estaba arañando el tronco por la parte opuesta. Eran las uñas del mias que se clavaban en la corteza. Un momento después, oyóse el ruido algo mas arriba, y entonces comprendieron los niños que el mono estaba trepando al árbol. Enrique se felicitaba ya, creyendo que el animal acabaría su ascension sin reparar en ellos, y como el árbol era muy alto, y aumentaban el espesor de su follaje los innumerables parásitos que se enroscaban en todas sus ramas, el muchacho se proponía salir con su hermana sigilosamente de su escondite tan luego como el mias hubiese llegado á cierta altura, cuando, por desgracia, un imprevisto incidente vino á convertir la salvacion esperada en una terrible catástrofe.

Murtagh fué quien, inocentemente, causó tan lamentable contratiempo.

Al volver de su pesca el carpintero, sorprendido al observar que los niños no estaban en el sitio donde los habían dejado, su alarma subió de punto al ver al gorila subiendo por el tronco del árbol, ocurriendosele la terrible idea de que habían sido destrozados, devorados quizás, por él, y no pudiendo contenerse, lanzó un espantoso grito de desesperación.

El gorila no había trepado mas que á unos veinte

piés del tronco, cuando al oír el grito de Murtagh, se detuvo de pronto, inclinóse y vió los dos niños al pie del árbol. Reavivándose entonces su furor como si aun se encontrase enfrente del enemigo que acababa de vencer, y enviando su extraño aullido se dejó caer al suelo, y se precipitó sobre aquel de los dos hermanos que tenía más cerca.

Por una desgraciada casualidad, era Elena, precisamente la más débil e indefensa de ambos.

Murtagh y Enrique corrieron á salvarla, pero el mono, extendiendo con rápido movimiento sus desmesurados brazos, cogió á la niña, y sujetándola fuertemente contra su pecho, empezó otra vez á subir al árbol.

La desesperación de Enrique y la angustia de Murtagh no tuvieron límites cuando perdieron la esperanza de rescatar á Elena del poder del monstruoso orangután; antes al contrario, la creían perdida sin remedio, y temían que de un momento á otro las duras uñas ó los largos y amarillos dientes del mono se cebaran en la infeliz arrojando sus palpitantes y sangrientos miembros al suelo.

La llegada del capitán y Saloo, atraídos por los gritos de Elena, y por las imprecaciones de Enrique y Murtagh, no sirvió más que para añadir dos nuevas figuras á aquel cuadro de desolación, y dos voces mas al clamor general.

Todavía se divisaba al través del follaje al mono, subiendo tranquilamente á la copa del árbol, pero el capitán Redwood se abstuvo de disparar su carabina, porque aun cuando podía destrozar de un balazo el cráneo del mono, la muerte de este debía traer consigo la de la niña.

Permaneció, pues, inmóvil, presa de indecible agonía; rodeábanle sus compañeros no menos irresolutos y desesperados que él, cuando de pronto vieron que el mono, cambiando de dirección, quería meterse en el enmarañado laberinto del bosque; y corriendo los espectadores hacia el lado por el cual operaba el gorila su retirada, le vieron agarrar las ramas entrelazadas, atraerlas á sí para disminuir la distancia y saltar de árbol en árbol con la agilidad de una ardilla.

Únicamente se valía de un brazo para aquel arriesgado ejercicio gimnástico, porque con el otro continuaba sosteniendo á la desdichada Elena, pero sus pies le servían de manos para asirse fuertemente al ramaje, y estas tres manos le sobraban para efectuar su viaje aéreo.

El padre corría desesperado, blandiendo la carabina aunque no osaba hacer uso de ella, y mientras tanto el gorila pasando de un árbol á otro con seguridad y presteza prodigiosas, llegó al corazón de la selva, sin abandonar un momento á Elena, de cuyos

labios no se escapaba ya una palabra ni el más leve sonido; y ¡cosa rara! el mono parecía llevar su presa con una especie de precaución, como si fuese cargado con un objeto precioso que quisiera preservar de todo riesgo.

Los perseguidores, después de haber atravesado aquellos sombríos arcos de verdura, llegaron á la orilla de una laguna, cuya tranquila superficie brillaba ante ellos, reflejando la luz del día que filtraba al través de las copas de los corpulentos árboles.

El camino de nuestros viajeros quedaba, pues, interrumpido de pronto; viéndose ellos detenidos, pero no así el mono que seguía su marcha del mismo modo que hasta allí.

De pronto desapareció de su vista; tan solo oyeron como crujían á lo lejos las ramas bajo el peso del animal, que no soltaba un solo instante su víctima, á la cual podían dar ya por perdida.

Sin el oportuno auxilio de Murtagh y Saloo, el capitán hubiera dado con su cuerpo en tierra; el infeliz padre lloraba y gemía entre los brazos de sus compañeros, no menos acongojados que él, y exclamaba con desgarrador acento:

—¡Elena, hija mía! ¡Elena! ¿Qué será de ella, Dios mío? ¡Protegedla, amparadla, Señor!

Saloo abandonó algunos momentos al capitán para aplicar atento oído á todos los sonidos procedentes del bosque, como si no hubiese perdido la esperanza de dar con la pista del gorila al través de los árboles.

Sabedor de que este animal suele construirse su vivienda permanente en algún terreno pantanoso, inaccesible al hombre, la vista del lago le hacia suponer que no podía aquella estar muy lejos, y si lograba descubrirlo, aunque no llegase á tiempo de salvar á la niña, podía á lo menos recoger su cuerpo.

Escuchaba, pues, con suma atención todos los ruidos procedentes de la selva acuática, haciendo señal á sus compañeros de que guardaran silencio, cuando se dejó oír de repente un coro de gritos discordantes, en el cual se mezclaban de un modo extraño y horrible ladridos, gruñidos, murmullo, toses, carcajadas y algo semejante al vagido de una criatura.

Era evidente que todos estos ruidos, que producían una gran algaraza en la selva, no procedían de un solo individuo, pero sí que salían en apariencia del mismo sitio.

—Allah sea bendito! exclamó Saloo. El mono está en su casa, y su familia le expresa toda la alegría que le causa su regreso. No os aflijais, capitán: es muy posible que la niña viva aun. Tened confianza en Allah, ó en Dios, como decís vosotros los ingleses; Tal vez nos auxilie en nuestra empresa.

Estas últimas palabras reanimaron algún tanto al



El orangután no se valía más que de un brazo y con el otro sostenía á Elena.

capitan, quien recobrando su energía momentáneamente abatida, se acercó á la orilla del lago con objeto de calcular su profundidad y ver si era posible vadearlo.

En breve conoció la imposibilidad de hacerlo, pues á menos de diez pasos de la orilla había ya agua hasta la cintura, y de allí en adelante la profundidad aumentaba rápidamente. Pero el capitan estaba dominado por una febril impaciencia, deseando descubrir cuanto antes el sitio de donde procedió el ruido, y y aunque el lago no fuese vadable, un buen nadador le podía atravesar, y el capitan lo era, y consumado. Las voces no parecían proceder de gran distancia; todo lo mas media milla; y el capitan que en cierta ocasión nadó una legua en un mar borrascoso, no debía serle difícil hacer otro tanto en el agua tranquila y terca de aquel lago poblado de árboles.

Hadía ya abierto los brazos y se preparaba á echarse al agua, cuando Saloo se acercó á él poniéndole una mano al hombro.

—Quereis ir nadando, capitan, le dijo, pero no llevais armas. Partamos los dos, y llevemos la carabina, el sumpitan y el kris. Sin ellos, difficilmente podremos apoderarnos del mias.

—Sí, sí, tienes razon, Saloo: necesitaré mi carabina, pero ¿cómo la preservaré del agua? No tenemos tiempo de construir una balsa.

—¡Una balsa! ¿y para qué? Dadme el fusil y lo llevaré: Saloo nada lo mismo con una mano como con las dos.

El capitan se adhirió des- de luego al parecer de Saloo, y volviendo inmediatamente á la orilla se quitó parte de su ropa, sujetó un frasco de pólvora y algunas balas en el fondo de su gorro, que se encaje sólidamente en la cabeza, se puso un cuchillo entre los dientes y entregó su carabina á Saloo.

El malayo acabó mucho antes sus preparativos. Sobre su turbante, fuertemente atado con las trenzas de sus negros cabellos, aseguró su caraj de bambú lleno de saetas envenenadas; sujetó su kris, esa arma que jamás olyda todo malayo, á lo largo del mismo con la correa que le servía de cinturon, y llevando en una mano su sumpitan y la carabina del capitan, se dispuso á penetrar en el agua. No perdieron un momento: la voz de los orangutanes parecía llamarlos, y al poco rato estaban ya lejos de la orilla, nadando rápida, silenciosa y seguramente hacia el centro del lago.

Enrique y Murtagh se quedaron en la orilla, siguiendo á los nadadores con la vista, y haciendo fervientes votos por el buen resultado de su empresa.

Los dos nadadores seguían su marcha con tanto vigor como silencio, entre los sombríos islotes de la selva, y aun cuando los enormes troncos que sobre-

salían del agua les obligaban á desviarse á cada momento de la línea recta, avanzaban sin mucha dificultad, y guiados por las voces de los gorilas, recobraban sin trabajo su anterior dirección.

El capitan y Saloo llegaron al fin tan cerca que ya no abrigaron la menor incertidumbre de que darian con la morada de los cuadrumanos, de la cual apenas debian distar unas cien yardas.

Seguian, pues, nadando con redoblada cante'a, cuando los nadadores tropezaron simultáneamente con su pecho en un banco de tierra oculto por el agua, de cuya superficie apenas sobresalía algunas pulgadas, resultando del choque que perdieron la posición horizontal, la cual no trataron de recobrar por cierto, antes al contrario, apresuráronse á ponerse de pié, hallando con inexplicable alegría un suelo firme y sólido.

Permanecieron un momento inmóviles, examinando el terreno y vieron que la tierra firme se dilataba á derecha é izquierda del sitio donde acababan de quedar detenidos de una manera tan brusca. Aquello parecía un pequeño islote muy poco elevado sobre el nivel del lago, y de área bastante escasa. Estaba lleno de árboles de un solo tronco alto y recto, y el del centro, á causa de su vasta circunferencia y del gran número de pilares que soportaba en su copa, parecía el patriarca de aquella tribu vegetal.

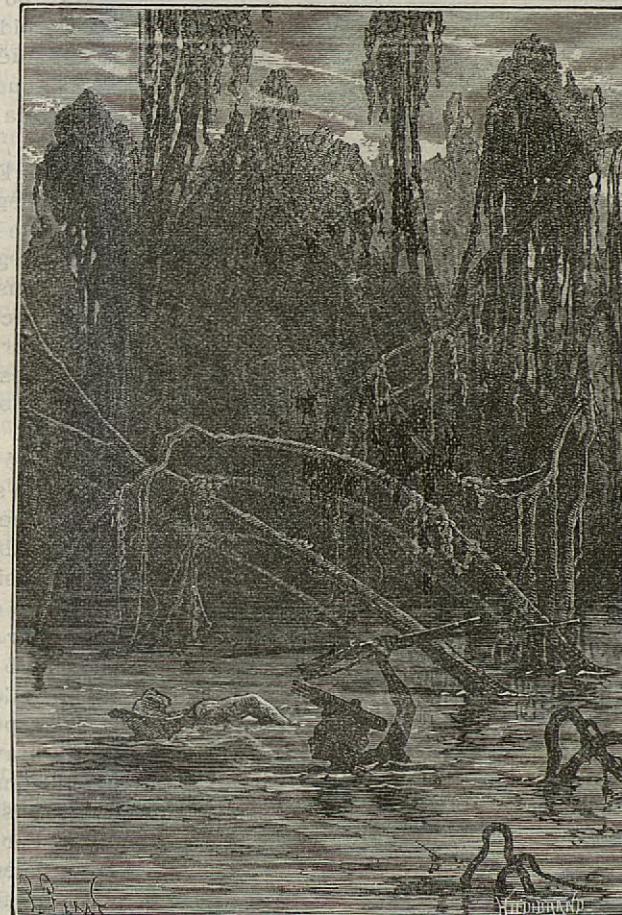
Las miradas de ambos nadadores se fijaron especialmente en aquel árbol, pareciéndoles que los extraños ruidos porque se habían guiado salían de su espeso follaje. Era indudable que entre sus ramas tenía el rojo gorila su morada, y que le encontrarían allí rodeado de su familia.

Poco despues los dos sitiadores hacían alto entre las salientes raíces del baniano. Aumentaba la oscuridad que proyectaba en el suelo su espeso ramaje, una especie de inmenso andamiaje ó plataforma construido muy cerca de la copa, y que se extendía por las ramas horizontales del árbol.

Saloo adivinó al punto que era el domicilio de un mias rombi, y como la oscuridad que reinaba en torno del árbol favorecía la cautelosa aproximación del capitan y el malayo, se deslizaron ambos entre las raíces del baniano hasta dar con un sitio favorable para examinar lo que pasaba en la plataforma construida por los gorilas, que apenas estaba á veinte pies del suelo.

Cuando el desgraciado padre de Elena llegó á una rama desde la cual pudo poner su cabeza al nivel de aquel curioso tablado, sintió una emoción extraña é indescriptible.

Allí vió una escena que estremeció todas las fibras de su cuerpo.



El capitan y Saloo nadaban rápidamente hacia el centro del lago.

Una forma humana—la de su hija—se destacaba en la oscuridad, tendida en la plataforma, con sus blancos cabellos en desorden, y sus vestidos enteramente desgarrados, colgando de ellos numerosos girones.

Al examinarla su padre con afanosa mirada y vehementemente solicitud, no advirtió el menor movimiento en su cuerpo ni en sus labios, y no permitiéndole la oscuridad distinguir si tenía los ojos abiertos ó cerrados, se persuadió el triste capitán de que se los había cerrado el sueño de la muerte.

Al rededor de aquel cuerpo inmóvil había reunidos tres seres con forma humana, pero de monstruoso aspecto, y cubiertos de pelos rojos, tiesos, largos y enmarañados. En el mayor de ellos reconoció el capitán al raptor de su hija. El

que le seguía en tamaño y que por sus formas parecía una hembra, era sin duda la compañera del enorme mono, y el otro, que tendría unas diez y ocho pulgadas de alto, era el pequeño cuyos vagidos contribuyeron a guiar a los nadadores por el oscuro lago.

El macho viejo estaba tendido en la plataforma y al parecer dormido; la madre cogía de vez en cuando a su velludo hijuelo, le prodigaba las mas grotescas caricias, y luego le soltaba dejándole que saltara a su albedrio al rededor del cuerpo de la cautiva.

El capitán Redwood, no pudiendo contemplar por mas tiempo un espectáculo tan salvaje e indescriptible, se echó la carabina a la cara, e iba a disparar un balazo al pecho del dormido monstruo, cuando Saloo le detuvo cogiéndole el arma.

—¡Silencio, capitán! dijo el malayo en voz baja; dejadlo de mi cuenta. Las flechas valen mas que las balas: la carabina mete demasiado ruido y podría despertar al macho viejo sin matarle. El veneno del upas es mas silencioso y rápido. Ya vereis cómo mata a los tres.

El capitán bajó su carabina cediendo su puesto al piloto, quien llevándose a la boca el sumpitan, en el que colocó de antemano una flecha, apoyó sus labios en la embocadura, que tenía la forma de un pabellón, y dando un fuerte resoplido despidió la pequeña saeta, la cual voló tan silenciosamente como el ala de un murciélagos en sus nocturnos gritos.

Algo se oyó, sin embargo, pero no era el ruido de la flecha.

Fué un gruñido del viejo gorila que sintió una especie de pinchazo y levantó la pata para rascarse, tomándolo por la picadura de un mosquito ó de un tabano.

El palito de la flecha le llamó algo la atención cuando sus dedos tropezaron con él; pero no fué bastante para hacerle salir de su modorra, y ni siquiera hizo un movimiento para evitar los pinchazos de otras fle-

chas: empezaba a sentir la influencia del narcótico que en breve iba a sumirle en el sueño de la muerte.

A los pocos momentos, sin lucha y sin esfuerzos, el monstruo de rojo pelaje yacía tendido en la plataforma, agitándose sus miembros con las últimas palpaciones de la vida.

En seguida Saloo disparó otra flecha a la hembra, cuya constitución mas débil que la del macho, cedió mas pronto al efecto soporífero del upas, pues tan luego como se le inoculó en la sangre, quedó muerta al lado del gran mias.

El malayo no se dignó disparar otra saeta al hijuelo; y al punto se lanzó a la plataforma seguido del capitán, que un momento después, arrodillándose junto al cuerpo de su hija, aplicó su oido contra su pecho, poniéndose anhelante a escuchar si su corazón latía aun.

*¡Elena vivía!*

Esta fué la noticia que llegó a oídos de Enrique y de Murtagh, cuando Saloo llegó nadando a la orilla en busca de una hacha y a reclamar el auxilio del carpintero porque era menester salvar a Elena del islote que estuvo a punto de serla fatal. Luego añadió que Elena había vuelto de su prolongado síncope, que por fortuna suya le había hecho insensible a casi todo lo que pasó desde el momento de su captura hasta el en que recobró la libertad.

Cerca de allí crecía una espesura de bambúes y su bravo Murtagh y el malayo construyeron una balsa y pusieron a flote en el lago. Por medio de toscos remos la condujeron al islote, del cual regresó al poco tiempo llevando a Elena, a quien Enrique, que se había hechado a nado para salir a su encuentro, es-

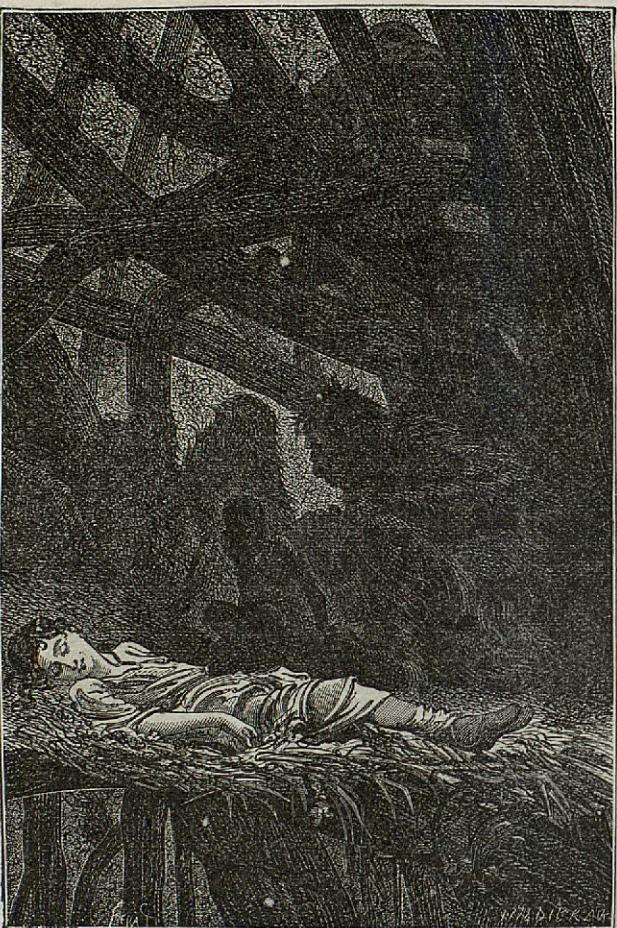
trechó tiernamente contra su corazón.

Construida en seguida una especie de litera para trasportar a la niña fué conducida esta hasta el pie del mismo árbol que había sido testigo de su involuntaria y terrible partida.

La hija del capitán se repuso en breve con ese vigor natural de la juventud, de las ligeras molestias ocasionadas por su singular viaje entre el laberinto de árboles y ramas, y sus compañeros podían ponerse en marcha, llevando consigo bastantes provisones para estar seguros de no volver a padecer hambre, pues la excursion de caza emprendida por el capitán y Saloo antes del episodio del gorila había sido feliz.

Aquella vez los naufragos emprendieron su viaje con mas ánimo y esperanza que nunca, pareciéndoles que la suerte, cansada ya de perseguirlos y de atormentarles les sería propicia al fin.

Sus esperanzas no salieron fallidas: después de muchos días de marcha, tuvieron que trepar por una cordillera de montañas escarpadas que les intercep-



Una forma humana se destacaba en la oscuridad, tendida en la plataforma.

taban el paso. Muchas horas de fatiga les costó llegar á su cumbre; pero cuando estuvieron en ella y tendieron ante sí la mirada, olvidaron su causancio.

Al pie de la montaña y un tanto á la izquierda, descubríanse las empalizadas de la antigua ciudad de Bruni. A la derecha, y separado de ellos solamente por un brazo de mar, apareció el islote de Labuan, sobre cuyos ricos edificios ondeaba la antigua y gloriosa bandera de Inglaterra.

El capitán Redwood saludó aquel pabellón con tanto júbilo como si hubiese sido el de su país natal; en seguida se postró de hinojos entre sus dos hijos Elena y Enrique, cuya acción imitaron á su vez Murtagh y Saloo, y dirigieron una fervorosa acción de gracias por su feliz salvación á Aquel cuya mano omnipotente es la única que puede salvarnos en todos los trances de la vida, á *Dios*, al *Padre* de todas las criaturas.

Poco después pudieron llegar á la isla de Labuan, objeto por entonces de sus afanes.

En ella recibieron nuestros naufragos una hospitalaria acogida por parte de las autoridades inglesas que les facilitaron lo necesario para reemplazar sus harapientas ropas, y esperar el paso de un buque que quisiera encargarse de conducirlos á los Estados Unidos ó otro punto de América.

## AVENTURAS DE UN DOMADOR.

(Continuación.)

En las representaciones de los *Leones de Mysore* en Drury Lane ocurrieron varios accidentes desgraciados, de los que el mas grave fué la muerte del lobo-tigre, que se mató, en la segunda representación, en el agujero del apuntador, por donde debía hacer su salida á la escena. Se hundió en la cabeza, precisamente entre las vértebras cervicales, un clavo que sobresalía del tabique, y su muerte fué instantánea. Otro día, el kanguru se rompió una pierna, pero felizmente pudo ser reemplazado por otro kanguru procedente de la Casa Real de fieras, al que Martin puso en seguida al corriente del servicio.

Después de terminar sus representaciones en Londres, Martin emprendió una expedición á las principales ciudades de Inglaterra, y visitó sucesivamente Bath, Manchester, Birmingham y Dublin. En esta última ciudad dió diez y siete representaciones en el Teatro Real, ante un auditorio fácil de enardecer y que rivalizaba con las fieras por entusiasta gritería. La representación terminaba generalmente con esta divertida y lin-

da pieza de MM. Dupenty, Gabriel y Dumersan: *Victorina ó la noche es buena consejera*, que debía, nueve ó diez años mas adelante, reproducirse en la Puerta de San Martín, sirviendo de principio de función antes de ejecutarse otra de animales, *La Hija del Emir*, en la que figuraban entonces los pensionistas de *Van Hamburg*.

Estas diferentes representaciones retuvieron bastante á Martin en Inglaterra antes de 1832. Tenía prisa por regresar á Francia y continuar allí la excursión que había meditado, y que las brillantes proposiciones de Bunn vinieron á interrumpir. Hacia el otoño se reembarcó con sus bestias y equipajes y entró de nuevo en el continente por Calais.

## XIII.

Al llegar á Calais, Martin se quedó algo admirado al tener noticia de su fallecimiento. *La Mariposa*, periódico femenil, contó en su número del 17 de Julio de 1832, que el domador había sido devorado, en Dublin, por sus fieras, un mes antes, y el gran *Almanach de Lieja* de Mattrien Laenbergs, confirmando la noticia, publicó un grabado representando la temible escena en la cual se veía la cabeza de Martin, separada del tronco, rodando en un rincón de la jaula, en tanto que un corderillo asustado huía á todo correr! Martin tomó á risa esa broma que los periódicos habían propalado y formó el firme propósito de probar á sus compatriotas que

estaba vivo y muy vivo, y en manera ninguna dispuesto á morir tan miserablemente.

Sin saber porqué hacia tiempo que se temía que tuviera lugar algún accidente desastroso, y la eventualidad de ser testigo de él, es necesario confesarlo, entraba por algo en las emociones que el público iba á buscar á la casa de fieras. Hasta hubo un inglés que, cuando Martin estaba en Viena, asistía regularmente á todas las representaciones con la esperanza de ver cómo comía al domador! Este original, que se había convertido en personaje legendario, en busca de emociones fuertes, dió prueba de una verdadera tenacidad, porque Martin le había encontrado más tarde en París, donde se instaló en una localidad lo mas inmediata posible de la escena, y un criado con librea le llevaba los periódicos que leía atentamente hasta el momento en que Martin entraba en las jaulas.



Enrique estrechó á Elena contra su corazón.

Entonces el inglés era todo ojos y oídos, saboreaba los rugidos, contaba las zarpadas y se estasiaba detrás de sus anteojos, contemplando la longitud de los colmillos de los temibles animales, aguardando en perfecta calma el momento en que aquellos puñales de marfil se hundieran en el cuerpo palpitante de su dueño derribado. Este momento felizmente para Martin, no había llegado todavía. Sin embargo, á pesar del maravilloso imperio que ejercía sobre sus animales, una vez le falló este.

La ocurrencia tuvo lugar en Boloña, á donde Martin había trasladado sus lares, después de haber dado algunas funciones en Calais. Los leones cautivos sufrían entonces los efectos de la ley de la naturaleza y daban cada noche á los habitantes de Boloña magníficas serenatas, destinadas á conmover el corazón de sus salvajes compañeros. En aquella época crítica era la única en que el domador no podía responder por completo de la sumisión de sus fieras. Los ojos inyectados en sangre, el cerebro inflamado, la sobrescitación de su sistema nervioso les impedía entonces que algunas veces reconocían la voz y la mano de su amo, y en estas circunstancias Martin tenía necesidad de toda su energía, de toda su presencia de ánimo, para consignar el peligro del cual había salido ileso hasta aquel día. Esta vez sintió una especie de presentimiento de que le iba á suceder alguna desgracia. Había ido á dar una vuelta por su establecimiento antes de comer, y contra su costumbre, Príncipe, un león á quien él mismo había criado y que iba todos los días á hacer acariciar á través del embarrado de la jaula, no había correspondido á sus instancias. Al volver á su casa, participó á su esposa sus recelos; ella le suplicó encarecidamente que suspendiese la representación y que esperara á que hubiese pasado el período de locura de sus fieras, pero Martin que había arrostrado con frecuencia este peligro para darle gran importancia, y aunque en el fondo de su corazón estuviera tal vez menos tranquilo que de ordinario, no dejó traslucir la menor inquietud.

Todo fué bien hasta el momento de la escena final de los Leones de Mysore, en la cual, casi desnudo, en traje antiguo, el domador simulaba una lucha con un león. Al entrar en la escena, se-

parada del público por un gran enrejado y á la cual tenía salida la jaula de Príncipe, que debía salir al mandárselo el domador, Martin conoció en seguida que su león no estaba de buen humor. Acurrucado en un ángulo de su jaula, con la mirada fija y los ojos vidriosos, se negó á obedecer. Martin se colocó decididamente delante de él y le llamó. El león no se movió y empezó á azotarse los costados con la cola. Al llamarle segunda vez, Martin comprendió que iba á lanzarse sobre él y tomó en seguida la actitud de un boxeador dispuesto á rechazar la embestida de su adversario.

Y sabemos que el domador se hallaba dotado de una fuerza colosal, y por lo tanto no debe causar extrañeza su presunción. El león, pronto como un relámpago, dió un salto; Martin, que le acechaba, le recibió descargándole un formidable puñetazo entre los dos ojos que le envió rodando á algunos pasos de distancia, pero el choque había sido tan violento que el domador se había destrozado la muñeca y descoyuntado algunas falanges. El león se enderezó sobre sus patas, preparándose á un nuevo asalto. Esta vez Martin se creyó perdido, porque no podía hacer uso del brazo lisiado, sin embargo esperaba siempre, que con la autoridad de su voz y con la firmeza de su mirada llegaría á conseguir que el rebelde león volviera al camino de la obediencia. Era preciso, pues, salvar la cabeza rechazando un



La bandera amiga.

nuevo ataque y esto fué lo que hizo el domador presentando su muslo izquierdo al avance del enfurecido carnívoro desviando el tronco. El león hincó profundamente sus agudos colmillos en el muslo de su amo, que se sintió levantar del suelo, pero los músculos se rompieron en la boca de la fiera y se quedó con el pedazo entre los dientes. Martin medio desmayado, dirigió á su león una energética y desesperada reprepción, cuando de repente vió que los ojos del animal se aclaraban y que su fisonomía cambiaba de aspecto. El acceso de rabia del animal había pasado, había reconocido á su amo, el domador se había salvado. El león se echó y entró arrastrando en la jaula que comunicaba con la arena rimulada en que tenía lugar el combate, y cayó el telón en el momento en que empezaba á esparcirse el pánico entre los espectadores. Los músicos, colocados cerca de la escena, que podían

darse cuenta exacta de lo que ocurría y que veían que el combate que presenciaban no era simulado, empezaron á tirar sus instrumentos y á saltar á la platea, temiendo que el león enfurecido volviese su rabia contra el telón de enrejado que le separaba del público. La emoción crecía por momentos; el ruido de las puertas de las casas que se cerraban precipitadamente se mezclaba á los gritos y chillidos de las mujeres. Cuando bajó el telón, Martin no tuvo tiempo más que para retirarse de la escena y se desmayó, tanta era la sangre que manaba de su herida. Al volver en sí, no mostró estar tan conmovido por el peligro de que se viera amenazado, sino que como verdadero artista sentía que hubiera fracasado su *final*.

El herido fué trasladado en un estado lamentable á su casa, donde su esposa aguardaba su regreso, presa de la mayor angustia; estaba preparada á tener un disgusto porque su marido ya lo había pronosticado al despedirse, pero no por eso el golpe fué menos sensible para la pobre mujer, la que, al ver el triste cortejo que rodeaba la camilla, creyó que le llevaban un cadáver: tan imposible le parecía que su marido saliera con vida de la jaula si se veía atacado en ella. Es lo cierto que sin la sangre fría imperturbable del domador y el extoicismo enérgico con que había soportado el dolor, estaba perdido indudablemente. La curación de sus heridas fué tan larga como penosa, y el entero restablecimiento se hizo esperar catorce semanas. Enrique Martin pudo entonces levantarse y volver poco á poco á sus ocupaciones, pero aun hoy dia ostenta las profundas huellas de su lucha con el león Príncipe, al ofrecerlos la mano el bravo domador os presenta sus dedos anquilosados y si pasais la mano por el muslo, hallareis un gran vacío: la muesca socabada en la carne viva por la dentadura del león enfurecido.

## XIV.

Una vez fortalecido, Martin dio algunas representaciones, que tenía ofrecidas antes de salir de Boloña, y su nueva entrada en la jaula del león Príncipe, solemnemente anunciada, no dejó de producir cierta emoción en la ciudad donde acababa de escapar tan milagrosamente á la muerte. Luego empezó el gran paseo por Francia, en el que había soñado. Durante el año 1833, visitó sucesivamente Saint-Omer, Arras, Cambrai, Mons, San Quintin, Soissons, Reims, Bar-le-Duc, Nancy y Metz, produciendo el entusiasmo en todas partes. Era aquella una marcha triunfal. En Metz, su éxito llegó hasta eclipsar á Mlle, Mars, que acababa de dar algunas funciones en esta ciudad. Las jaulas de la colección estaban colocadas en el vestíbulo del teatro, donde la leona Fanny echó al mundo tres leoncitos, de los cuales sobrevivió solo uno y fué apellidado Vestíbulo, en memoria del lugar donde nació.

Cuando murió este leoncito, Martin ofreció su piel al museo de Metz, siguiendo la costumbre que tenía de enriquecer los gabinetes de historia natural de las ciudades por donde pasaba, con los

restos de animales caros que morían á su paso por ellas. A consecuencia de esto encontramos, en el *Corrco de Lyon* del 29 de Enero de 1835, una carta de M. Jonedan, Director del museo de historia natural de esta ciudad, dando gracias al domador por el presente de un *Uromastix*, especie de puerco-espin de la América del Sud, y de un *Cabiai*, con los cuales se hicieron varias preparaciones para la galería anatómica comparada, y para la galería de zoología.

Al abandonar á Metz en Marzo de 1834, Martin visitó á Caen, Alençon, Angers, Nantes, Saint-Etienne, Marsella, Nimes, Grenoble y Lyon.

Es preciso leer las revistas de los periódicos de provincia de aquel tiempo para hacerse cargo de la expresión de asombro que el inesperado espectáculo de los animales de Martin provocaba en toda la extensión del país recorrido. No son solo los simples folletinistas los que se dejan arrastrar al lirismo más descabellado en sus críticas dramáticas; ¡hasta los poetas templan su pluma de oro para entonar sus cantos al domador! En Nimes, Rebul, el panadero-poeta, le dedicó unos versos.

(Se continuará.)

## VARIEDADES.

El impuesto de los perros en Inglaterra ha producido en 1877, 349,743 libras esterlinas y 5 chelines (unas 8.743,581 pesetas.)

El número de perros sometidos á este impuesto asciende á 1.399,330.

En Donaueschingen (gran ducado de Baden), acaba de tener lugar un curioso descubrimiento. Se ha encontrado en los alrededores de esta villa un esqueleto completo y bien conservado del gamo prehistórico *Cervus etaphus muscosus*. Los cuernos son enormes, y es el primer esqueleto completo que se posee de este cuadrúpedo antilíuviano.

Ha visitado nuestra redacción un nuevo semanario madrileño que con el título de *Gaceta Médico-Veterinaria* dice viene á consagrarse á la propagación de los conocimientos de la medicina veterinaria y á la defensa de los derechos del profesorado español.

Deseamos vivamente que tan nobles y saludables propósitos hallen en la clase á quien va dirigida la novel publicación la más entusiasta y merecida acogida.

Por nuestra parte saludamos al colega sinceramente y recomendamos á sus redactores mucha fe, constancia y paciencia para llevar á cabo sus laudables fines que de todo se necesita en los actuales tiempos para empresas semejantes.

El precioso caballo de silla de D. Manuel Batllés ha sido vendido por la cantidad de 18,500 reales á don Félix de C. Massó.

Aquel brioso animal seguirá ocupando, como hasta ahora, una de las plazas de la caballeriza del Círculo Ecuestre de esta capital.

Don Camilo Fabra ha adquirido en Madrid un caballo tordo procedente de la ganadería de D. Vicente Romero, antes Zapata, por el cual ha pagado 18,000 reales.

## Correspondencia de «El Zookeryx.»

Sr. D. J. B. (Burgos). Suscrito desde 1.º abril y cubierto suscripción hasta 30 setiembre próximo. Remitidos los números correspondientes. Importan los 61 anteriores, 20 pesetas.—Sr. D. P. J. (Madrid) cubierta suscripción hasta el 1.º julio del año actual.—D. A. B. (Algesme) suscrito desde 1.º junio.—Sr. D. F. A. (Balaguer.) El Sr. Henrich contestó á los estremos que formula en su apreciada.—Sr. D. J. de V. (Mahon) suscrito y cubierto de los meses de junio, julio y agosto.—D. J. B. (San Martín) se servirá la suscripción al punto que indica.—D. J. Panades (Esplugas), sirvase indicar los números que ha dejado de recibir.—Sres. D. J. S. y C.; D. F. V.; D. D. M. (Granada) suscritos y recibidos los sellos, tienen satisfechos los meses de junio, julio y agosto. Se les remitieron los números correspondientes.—D. F. A. (Gerona), cubierta suscripción del actual trimestre.—La Propaganda Literaria, (Habana). En nuestro poder su carta notificando el recibo de los ejemplares del *Tratado de palomas*.

Dejan de servirse por falta de pago las suscripciones siguientes:—A. D. Joaquín Navarro (Valencia), D. Andrés González (Santander), y D. Mauricio Ortiz (Logroño).

Se suplica á los que se hallen en descuberto con la Administración de este periódico, remitan cuanto antes el importe (en sellos de correo) de lo que adeuden, si quieren evitarse el disgusto de ver figurar sus respectivos nombres y domicilios entre los no pocos aficionados á leer gratis.

EL ADMINISTRADOR.

## ANUNCIOS.

## IMPORTANTE.

Se traspasa ventajosamente un terreno con frente á la Rambla de Cataluña y Gran via, á propósito para colegio, casa-convento, ó otro edificio público. Darán razon calle del Hospital núm. 24, piso 1.º

GRAN GIMNASIO HIGIÉNICO  
PARA AMBOS SEXOS,

Establecido en la calle del Duque de la Victoria, núm. 3.

ÚNICO EN ESPAÑA APROBADO POR LA ACADEMIA MÉDICO-FARMACÉUTICA DE BARCELONA, POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS MÉDICAS DE CATALUÑA, RECOMENDADO POR LA PRENSA DE ESTA CIUDAD Y DIRIGIDO POR

## D. FIDEL BRICALL,

Profesor de los principales colegios de esta Capital,

Director honorario de los Gimnasios provinciales de Sevilla, socio correspondiente del Gran Gimnasio Sevillano.

Horas de clase, de las 7 á las 2 de la tarde, y de las 3 á las 11 de la noche.

Hay en este Gimnasio, que se permitirá visitarlo á las personas que lo deseen, consultas facultativas bajo la dirección del médico del establecimiento.

Retribución mensual, 20 reales.

EL FABRICANTE DE MÁQUINAS DE COSER  
MIGUEL ESCUDER

DE LA BARCELONETA

para mayor comodidad del público y de sus numerosos parroquianos, ha establecido una Sucursal en la  
Calle del Hospital, n.º 6, cerca la Rambla,  
en donde á mas de la venta de máquinas y demás artículos inherentes á las mismas, se harán todo género de recomposiciones y se reciben encargos para la fábrica.

## ESPECÍFICOS DEL DR. MORALES.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL.—Acreditado é infalible remedio árabe para curar los padecimientos de la cabeza, del estómago, del vientre, de los nervios, etc., etc.—12 y 20 rs. caja.

PANACEA ANTI-SÍFILITICA, ANTI-VENÉREA Y ANTI-HERPÉTICA.—Cura breve y radicalmente la sífilis, el venéreo y los hérpes en todas sus formas y períodos.—30 rs. botella.

INYECCIÓN MORALES.—Cura infaliblemente y en pocos días, sin más medicamentos, las blenorreas, blenorragias y todo flujo blanco en ambos sexos.—20 rs. frasco de 250 gramos.

POLVOS DEPURATIVOS Y ATEMPERANTES.—Reemplazan ventajosamente á la zarzaparrilla ó cualquier otro refresco. Su empleo, aun en viaje, es sumamente fácil y cómodo.—8 rs. caja con 12 tomas.

PÍLDORAS TÓNICO GENITALES.—Muy celebradas para la debilidad de los órganos genitales, impotencia, espermatorrea y esterilidad. Su uso está exento de todo peligro.—30 rs. caja.

Los específicos citados se expenden en las principales farmacias y droguerías de Barcelona y pueblos más importantes de la provincia.

## DEPÓSITO GENERAL.

Dr. MORALES, Espoz y Mina, 18. MADRID.

Nota. El Dr. MORALES garantiza el buen éxito de sus específicos, comprobado en infinitos casos de su larga práctica como médico-cirujano, especialista de sífilis, venéreo, esterilidad é impotencia.—Admite consultas por escrito, previo envío de 40 rs. en letra ó sellos de franqueo.—ESPOZ Y MINA, 18, MADRID.

OJO Prensa buena y barata para enfardar.  
Dirigirse Carretas, 43 y 45, almacén.

QUINCALLERÍA  
DE  
PARÉS HERMANOS.

Aviñó.—Barcelona.

ULTIMA NOVEDAD en bisutería, petacas, carteras, abanicos, bronces artísticos, objetos de nácar, marfil y concha etc., etc.

PEQUEÑO almacén interior para alquilar. Infor-  
marán, calle del Hospital, 87, estanco.